

VIVIR PARA TRANSMITIR

18 de febrero de 2017, retiro a los catequistas

Intentaré no hablar de la catequesis, cosa que corresponde a los especialistas, y centrarme en la persona del catequista y vuestra misión; cómo mantener viva, alegre y esperanzada vuestra fe para poder dar a conocerla igualmente viva, alegre y esperanzada. El catequista no es el que tiene todo claro sobre su fe, sino el que día a día procura clarificar un poco más su fe y sus razones para así cumplir mejor su misión y dar razón de su esperanza.

Un poco de vocabulario griego nos explica que “Kata” es un verbo reforzativo, como cuando ponemos la partícula re; y las palabras “Kategeo” y “Kategetes” nos explican vuestra misión: el que va delante; el que actúa como guía; el que lidera el camino; el que explica; el primero en hacer; el que ofrece instrucción.

No he preparado preguntas para el tiempo de reflexión sino que debéis convertir en preguntas las ideas o afirmaciones que vayan saliendo a lo largo de la charla para después aplicáoslas a vosotros. Quisiera simplemente animar vuestra fe y daros razones para continuar en vuestra misión con coraje.

Aunque se debería poder aplicar a todo cristiano la llamada de Jesús a los primeros discípulos: “Venid y os haré pescadores de hombres”, esto se puede decir de una manera especial del catequista, y por esto diría que ese servicio a la Iglesia os hace unos privilegiados por dos razones: porque podéis transmitir a los jóvenes lo que a vosotros os mueve interiormente y os da potencial y energía interior con que afrontar los más y los menos de la vida, pero sobretodo porque ese servicio de transmisión y de testimonio os obliga y os urge a profundizar cada vez más en esa fe que tenéis, que vivís y que se os pide que transmitáis a las generaciones más jóvenes como antes os la transmitieron a vosotros. Vuestro vivir cada día la fe recibida tiene como razón el futuro del mensaje de Jesús, capaz de transformar el corazón de la persona y desde cada corazón que se deja tocar por él, transformar el mundo.

Como decía san Bernardo: “La fe no se impone, se propone” y es cada uno que hace realidad ese don y esa gracia que Dios le concede. La fe ni se da, ni se deja, ni se pierde, porque no es un objeto; la fe se ofrece, se explica, se vive o se deja de vivir, como la amistad o como el amor, porque la fe no es una teoría, ni una idea, sino un encuentro, una experiencia de relación personal con Jesús. Ayudar a llegar a este encuentro es la misión principal del catequista y la razón de cualquiera de las fórmulas, métodos y manuales que se usen; si no ayudan a

preparar ese encuentro no sirven de nada. Por otra parte no debéis olvidar, por no caer en el desánimo, que al catequista, como al maestro enseñando o al cura predicando, solo le corresponde la mitad de la labor de la transmisión pues la otra mitad corresponde al oyente, pero esa mitad que nos corresponde debería ser impecable, de manera que provoquemos la otra mitad, pero sabiendo que no nos corresponde porque entra dentro del espacio de libertad del oyente, y ese espacio es sagrado, aunque se equivoque. Jesús mismo dijo a los discípulos que si en una casa o en un pueblo no los acogían, que dejaran allí el polvo de sus pies y se fueran a otro sitio a predicar, o sea, peor para ellos. Tampoco debemos olvidar que los que por oficio trabajamos con la boca, catequistas, maestros, curas, vendedores y políticos, como el pez, morimos por la boca; cuando la vida no corresponde con la palabra, cuando no actuamos según lo que creemos o no hacemos lo que hemos prometido. Recordad que una parte muy importante de vuestro servicio como catequistas no es tanto lo que explicáis como vuestro propio ejemplo, vuestro testimonio creyente, en la catequesis, en casa, con los amigos. No se puede ser cristiano en la parroquia y ateo entre los amigos; el cristiano a medias no es medio cristiano sino un anticristiano. El peor enemigo del cristianismo no es el ateo sino el que tiene miedo de ser lo que es y de serlo en todos los aspectos y momentos de su vida cuando ésta se transforma en el patio del Sanedrín y la gente le dice “tú eres de los suyos” y no sabe qué responder.

La vida cristiana no ha sido nunca fácil; el cristianismo en el que un día fuimos bautizados no es una religión teórica de buenas intenciones y de felices ideas, Jesús nos pide una vida enraizada en sí mismo, una vida que debe ser la concreción en actos de aquello que creemos y de la fe que nos sostiene, para que cada uno de nosotros seamos continuadores de su obra de renovación de nuestro mundo que está igual o peor que el suyo. No se trata como sabéis bien de transmitir unas prácticas rutinarias, sino de que éstas expresen la fe que nos mueve. El cristiano no es el que practica, ni está obligado a nada, sino el que expresa exteriormente lo que vive interiormente; cuando no hay vivencia no hay expresión. Por esto el concepto de creyente no practicante es falso, porque si el cristianismo se fundamenta en una persona que ha dado la vida por los demás, el cristiano es el que se da a los demás, si no, ¿cómo podemos ser sal de la tierra y luz del mundo? El cristiano no medita sobre el vacío delante de una pared para relajarse y auto trascenderse, sino que se encuentra con aquel que le habla y con quien puede hablar y que le envía en misión a los demás a quien debe ayudar a encontrar la paz y la felicidad interior para él poder ser feliz y hallar la paz. El cristiano no ignora al que sufre para no perder la paz, sino que sufre con él para encontrarla.

Todos los discípulos de Jesús, a partir del momento que tomamos consciencia de nuestra fe y de sus exigencias, tenemos una misión bien sencilla, dar gusto y color cristiano a la vida, ayudar a los demás a encontrar el sentido profundo de la vida y de nuestra vocación de “imágenes y semejanza del Creador” que no es poco, pero no en lo material y exterior, sino en lo espiritual, en lo interior, donde se debe hacer realidad la primera llamada de Jesús, “Convertíos”. Por eso la vida cristiana nos pide ser odres nuevos, nos pide renovación constante, apertura a lo sorprendente de Dios y del mensaje de Jesús y de su Evangelio, que dicen que es buena nueva pero también incordio cuando nos pone contra nosotros mismos y nos hace ver que nuestra vida, actitudes o actuaciones, no corresponde con la de aquel en quien decimos que creemos. Conversión, todo el proceso personal para que nuestra vida converja con la de Jesús, para que entremos sin roces en el molde del Evangelio y así ayudar a los demás con nuestras obras a encontrar el camino que les lleve al encuentro con Jesús. Si Jesús se nos presenta como luz del mundo, sus discípulos debemos ser conductores de esa luz, de manera que todo aquel que se encuentre con nosotros pueda conectarse a esa luz y sentirse iluminado interiormente.

La vida cristiana pide concreción, actos, ejemplo, testimonio. Jesús responde a los discípulos de Juan “venid y lo veréis”; Jesús no ofrece soluciones sino que pide compromisos para encontrarlas; ¿Cómo hacer realidad esa misión que tenemos en medio de nuestro mundo? Nos lo decía Isaías hace un par de domingos, “parte tu pan con el hambriento, hospeda al sin techo, viste al desnudo, no te cierres en ti mismo, destierra la opresión, la amenaza, el hablar mal del otro, la envidia, el egoísmo...” entonces clamarás al Señor y te responderá, gritarás y te dirá “aquí estoy”. Tenemos luz, cuando somos luz; encontramos paz, cuando somos paz; fe y vida no se pueden separar. El Señor nos concede lo que nosotros hemos dado; la oscuridad se vuelve mediodía cuando hemos practicado con el otro lo que tantas veces pedimos para nosotros, y es que no puede ser de otra manera, por eso Jesús enseña a los suyos a decir, perdónanos como nosotros perdonamos; con la misma medida que midamos seremos medidos. Ser cristiano es practicar la vida de Jesús, es ponernos al servicio de los demás haciendo como dijo Jesús a los discípulos de Juan Bautista, que los ciegos vean, que los cojos anden, que los sordos oigan, que los mudos anden, que los muertos resuciten y se anuncie la buena nueva y sobretodo que nadie se escandalice de Jesús por culpa nuestra. Si Jesús quiere decir “Dios salva” y Emmanuel “Dios con nosotros” sus discípulos deberíamos ser los que hacemos realidad entre nosotros el Dios que salva.

Jesús nos pide que seamos esa fuerza transformadora, nos dice que debemos ser sal de la tierra para dar gusto cristiano a la vida de los demás a partir de lo que hemos recibido y de cómo vivimos nuestra fe; y que seamos luz del mundo para iluminar y dar color cristiano al camino de los demás. Jesús da por sabido que nosotros podemos dar porque hemos recibido; al que mucho se le da, mucho se le pide. Pero ¿qué pasa si no es así, si actuamos con dudas o miedo? Si no servimos como sal, si hemos dejado perder el gusto y la fuerza de nuestra fe, seremos pisoteados por el mismo mundo al que hemos sido enviados a dar gusto; como la semilla que cae en el camino. Al que tiene poco se le va a quitar el poco que tiene, no se lo merece. Si no iluminamos al mundo con nuestra fe, seremos como una vela puesta dentro de un recipiente, al poco se apaga por falta de oxígeno; aunque el aire puede apagar la vela, ésta necesita el aire para alumbrar. Jesús nos quiere con todo el gusto para condimentar la vida de los demás y la propia, nos quiere humildemente en el candelero, no para que nos admiren, sino para que nos demos como luz a los demás, tal como Jesús se dio en el candelero de la cruz para iluminar el mundo y a todos los que no dudan de él, ni se avergüenzan de creer en el crucificado. Ya lo dice Jesús, la puerta es estrecha y el camino angosto, pero felices los que no se echan atrás. Nuestra mejor alabanza al Padre, acaba el texto, es que nuestra vida alumbre a los demás, los lleve a Jesús y den gloria al Padre.

Llevamos dichas muchas cosas sobre la vida cristiana y quizás alguno se pregunta cómo llevarlo a la práctica. Debemos intentar que en nuestro interior Marta y María estén en equilibrio, sin descuidar la parte mejor, procurando que las tareas no ahoguen el deseo, es una lucha de toda la vida, y solo tenemos paz cuando hay equilibrio. Debemos procurar nuestro propio camino creyente, no tenemos derecho al aceite de las vírgenes prudentes, cada uno con su propio aceite para su antorcha, signo de interés; la experiencia del otro me puede ayudar a hacer la mía pero no puedo vivir de la suya. Quisiera fijarme especialmente en una escena que creo programática para todo cristiano, y más para vosotros, cuando los discípulos buscan a Jesús, éste había salido de noche, como hacía a menudo, para estar en oración con su Padre, escena a la que podríamos añadir ese otro: “orad siempre sin perder nunca la esperanza”. Éste debería ser nuestro programa, oración-acción, acción fruto de la oración.

La vida cristiana que es encuentro con Jesús, se apoya sobre tres patas que lo hacen posible: oración, comunión y caridad.

Oración como diálogo de amistad entre dos palabras, la de Jesús que me llega y la mía que le responde; diálogo que es el único camino para conocer al amigo,

al que amo y en quien creo, si no, ¿cómo hablar de Jesús a los demás? Oración que es intercambio de vidas, dejando que Jesús sea protagonista de la mía, dejándome llamar para ser protagonista de la suya, o sea discípulo; guiar hacia ese encuentro es vuestra misión, antes de enseñar doctrina hay que enseñar a orar para entenderla. Sin aprender a orar, el resto se hace muy difícil porque uno no siente los efectos de ese encuentro en su interior, que son mucho más importantes que lo que nos depare el exterior. Aprender a agradecer, a reconocer, a interceder y también a pedir y a protestar, todas son formas de oración porque son formas de vivir y la fe o está enraizada en la vida o no es nada. Todo lo que vivimos sirve para crecer en la fe, incluso los problemas porque nos hacen sentir y reconocer necesitados de ese Dios que nos ama y que camina con nosotros; y cuando un día nos sale todo mal a la noche podemos dar gracias a Dios que se ha acabado. Dice el evangelio que la gente ponía los enfermos delante de la entrada donde se hospedaba Jesús para que al menos los tocara su sombra y se curaran; la oración es ese toque misterioso de Dios que nos cura.

Comunión en tanto que por la fe formamos parte de una común unidad que nos une en celebración festiva en memoria de aquel que nos dijo: “haced esto en memoria mía”, antes de dar la vida por nosotros; que nos hace testigos de fe los unos para con los otros, con la sola presencia; que nos permite aprender, compartir y acercarnos cada vez más al misterio. La Eucaristía no es obligación sino expresión de lo que el cristiano vive en su cotidianidad como creyente; si en la vida diaria no hay encuentro personal con el Señor en el diálogo entre su palabra y la del cristiano, la eucaristía perderá interés porque no expresará lo que debería, que es agradecimiento por todo lo que somos y vivimos. Todos los elementos de la eucaristía tienen como finalidad ayudarnos a expresar unidos en comunidad la fe que cada uno vive. Todo lo hacemos juntos menos recibir la comunión, como signo de compromiso personal de transformación en aquello que recibimos. Preparar a los jóvenes para entender la eucaristía requiere que la sientan como su respuesta a la invitación de un amigo cercano que les ayuda siempre que le necesitan, y al mismo tiempo requiere explicarles los diversos pasos y momentos de la celebración para que entiendan y sobretodo ayudarles en la comprensión de la Palabra.

Caridad en tanto después del lavatorio de pies Jesús nos dice: “id y haced vosotros lo mismo”. La segunda parte de la eucaristía es la que se celebra fuera de la iglesia, la que nos exige ser como Jesús, a quien hemos recibido en el pan, cercanos de los que nos necesitan. Fe y vida encuentran en aquí su máxima expresión. Dar lo que vivimos y vivir según lo que creemos.